

Narrativa 'El cuarto mundo', de Diamela Eltit, explora la identidad latinoamericana desde el vientre materno; una obra escrita en plena dictadura chilena

La cárcel del origen

J.A. MASOIVER RÓDENAS

No tengo un buen recuerdo de Diamela Eltit (Santiago de Chile, 1949), a la que conocí en casa de Margo Glantz, pero uno de mis principios como crítico que me he ido exigiendo a lo largo de los años es que no hay que mezclar nunca al escritor con la persona que escribe. Y la escritura de Eltit merece toda mi admiración y simpatía. Sus novelas, escritas desde la inteligencia, radicales, con una prosa que, sin caer en la experimentación, evita cualquier lugar común, están entre las propuestas más interesantes de la actual narrativa latinoamericana. A lo que se suman sus brillantes ensayos. Reflexiona sobre la sociedad chilena, con una abierta condena a la dictadura de Pinochet (digresión: por qué Pinochet o Videla tenían un aspecto siniestro, de auténticos asesinos, frente a un pelele no menos sangriento como Franco). Ha sido galardonada con el premio FIL de

El sueño se relaciona con el carácter delirante de una escritura que finge ser simbólica para ser brutalmente realista

Guadalajara -que yo sigo llamando como se llamó, Juan Rulfo- por una trayectoria que se inicia con *Lumpérica* (1983) y que cuenta con títulos como *Vaca sagrada* (1983), *Jamás el fuego nunca* (2007) o *Sumar* (2018).

El cuarto mundo (1988, y ahora recuperada por Periférica), escrita durante la dictadura, años de feroz censura, gira en torno a la identidad latinoamericana. Más que de símbolos hay que hablar aquí de claves; desde el mismo título, ya que el cuarto mundo es el que debería llegar después del tercer mundo, en el que los latinoamericanos, y no exclusivamente los del Sur, son llamados sudacas: "El desprecio de nuestra sangre sudaca", "el estigma sudaca", "el poder de la fraternidad sudaca". Aquí la fraternidad gira en torno al incesto. Aparece la figura de la madre, sumergida en sus sueños. El sueño no goza de mucho

prestigio en la crítica actual. En efecto, puedes ser un fácil recurso para exhibir la imaginación. Pero aquí está plenamente justificado, ya que se relaciona con la fiebre y el carácter delirante de una escritura que finge ser simbólica para ser brutalmente realista.

Deseo y poder son las fuerzas dominantes. Para Eltit, "ser mujer no garantiza nada, pero ser hombre tampoco", "por eso hay que desbiologizar la letra. En estos momentos genitalizada". De la madre señala su debilidad genetal, su devoción por el placer. Que los transmite a las tres mellizas, que tal vez serán cuatros, y que cometen incesto desde el mismo útero, estimuladas por el inevitable roce. Eltit, como lectora de *Las brujas y su mundo*, de Julio Caro Baroja, bautiza a dos de ellas con los nombres de María Chipia y María de Alava (sic). Seguimos sus pasos a medida que van creciendo y la atracción de los cuerpos se va intensificando, aunque ninguno está libre de culpa, y todos quieren abandonar la casa, que es tanto el seno materno como la familia y el país. María Chipia es, en realidad, varón, o actúa como tal, pero todos coinciden en la necesidad de descifrar el sentido del origen, de traer a la memoria, con el coito, el origen de la gestación.

El cuarto mundo gira en torno a la necesidad de superar la dependencia, que tiene muchos significados, entre otros denunciar que "la nación más poderosa del mundo nos ha lanzado el maleficio". Se habla de la insensatez de la condición femenina, del terrible lastre de la pareja humana, del maleficio de la fecundación, pero también del envejecimiento y de la muerte, de la necesidad de "evadir una masacre mental". Eltit no describe el origen, nos sumerge en él, el origen de cada uno de nosotros, cegados por el deseo y el ansia de poder, y el de la sociedad que ha condenado a pertenecer al tercer mundo. Y todo está vivido, es decir, no hay discurso ni conceptualización, sino todo lo que puede sugerir el misterio de la naturaleza humana. |

Diamela Eltit

El cuarto mundo
PERIFÉRICA, 184 PÁGINAS, 17 EUROS



La escritora chilena Diamela Eltit nos brinda su tercera novela, escrita en 1988, en plena dictadura, y ahora recuperada para el público español por Periférica ARCHIVO



Un gato es protagonista en la nueva novela de Jordi Coca. El animal ejerce de espejo de la misantropía del narrador y, a la vez, le facilitará las relaciones ARCHIVO

Novela Jordi Coca explica cómo un siamés le descubrió la capacidad de afecto. Semilla de vida social, le permitió abordar con naturalidad las cuestiones existenciales

Núvol, el gato, atiende al teléfono

JULIA GULLAMON

En el mundo naturalista al que me asomo últimamente, los animales domésticos no tienen buena fama. Si algunos de mis nuevos amigos leyeron lo que escribe Jordi Coca (Barcelona, 1947) de las manadas de gatos que corren por la imaginaria población de Tíros, pondrían el grito en el cielo. Dirían que los gatos son el enemigo número 1 de la biodiversidad, que donde hay gatos no quedan ni lagartijas. Cuando Coca cuenta que Núvol, el gato, persigue pájaros y mariposas (afortunadamente sin atrapar a ninguno) le echarían el mal de ojo. Por otro lado, unos datos del 2021 indican que en la ciudad de Barcelona viven tantos perros como niños de 0 a 12 años. Debe ser un fenómeno único en la historia de la humanidad. La gente quiere como nunca los había querido a sus chuchos, a sus mininos. Espero que nadie se enfade mucho si digo que detrás de este boom de perros y gatos hay

Recita su 'Cant espiritual', una queja contra un dios que hace pagar a los hombres por pecados que no han cometido

una mezcla de dibujos animados, individualismo, necesidad de afecto y soledad.

La entrada de *El darrer dia* hace pensar en todo esto. Cuando el narrador y Gemma, su compañera, llegan a un acuerdo para alquilar, restaurar y cuidar la rectoría de Tíros, que se encuentra en un estado deplorable, las páginas en las que se explica tienen un componente considerable de misantropía. El narrador quiere alejarse de la ciudad para escribir. En el pueblo no encuentra nada interesante. ¡La criatura que mejor se adapta a ese lugar sin alma es un perro! "Tíros mai no em va agradar; d'ençà del dia rúfol en que hi vam posar els peus per primera vegada sempre m'ha semblat un indret esquerp pel qual ningú no sentia cap afecte." En este contexto, la aparición del gatito, Núvol, y la descripción de todos los arrumacos y contemplaciones de sus amos se puede interpretar como una consecuen-

cia de la citada misantropía. "No vèiem el Núvol ben bé com un gat". "Quan el Núvol es quedava sol a Tíros repetiem que si el poguéssim telefonar seria diferent, que ens agradaria preguntar-li com estava i que ens explicés què havia fet durant el dia". "Però hem d'anar en compte -va dir la Gemma rient-, o acabarem portant el Núvol a l'escola amb els altres nens...". Esta impresión viene reforzada por el hecho de que la pareja tiene una hija que no aparece, y sólo de paso, hasta entrada la segunda parte.

Esta vertiente humana, íntima, muy natural, del libro de Jordi Coca, no justificaría tal vez una novela: bastaría con un cuaderno, un texto personal, sencillo y emotivo. Pero, sin moverse del tono y de la intención inicial, Coca cambia el voltaje de la historia. Por un lado, Núvol adopta otro rol, deja de ser un doble del protagonista y un espejo de su misantropía, y aparece como un elemento facilitador de la relación con la gente del pueblo. La capacidad de afecto que ha descubierto con el gatito, se proyecta y se convierte en semilla de vida social. Por otro lado, el gato envejece, enferma. Y el protagonista, que es un alter ego de Coca, escritor y hombre de teatro, proyecta sus preocupaciones en la relación con Núvol: el miedo que en la obra de Coca genera siempre premoniciones angustiosas, la pérdida de las personas queridas, la crisis espiritual que, a partir del *Cant espiritual*, un poema de Josep Palau i Fabre de 1950, da pie a un fragmento de prosa excelentísimo, cuando el narrador recita su propio *Cant espiritual*, que es una queja contra un dios que hace pagar a los hombres unos pecados que no han cometido.

Coca combina la historia de su gato con Maeterlinck, Marguerite Duras, Sartre, y escribe unas páginas finísimas sobre el paso de la madurez creativa a los setenta años. De esta manera da una dimensión cercana y profunda al mismo tiempo, eficaz y emocionante, a la preocupación existencial que religa sus libros como un hilo rojo. |

Jordi Coca

El darrer dia

EDICIONS 62, 197 PÁGINAS, 18,90 EUROS